

rentística á favor de la cual se indemnizara no á una sola clase privilegiada, sino á todos, y particularmente á los mas pobres. No fué aprobada, y se votó la ley con las enmiendas de la comision, despues de una censura casi unánime del discurso de Mr. Ferrand.

Los procedimientos con motivo de la memoria de Carnot, los diversos incidentes relativos á los inválidos, á las huérfanas de la Legion de Honor, á las escuelas militares, á los generales Vandamme y Exelmans, los viages de los principes, la conducta observada respecto del arzobispo de Besançon, la ley sobre la entrega de los bienes no vendidos, las palabras de Mr. Ferrand sobre la *línea recta*, habian llenado de agitacion los ánimos durante los meses de octubre y noviembre. A la especie de apaciguamiento manifestado despues de las primeras discusiones legislativas, y especialmente despues de la votacion de las medidas rentísticas, verdadera obra de cordura, habia sucedido una irritacion violenta, igual en los dos partidos opuestos, el de la emigracion y el de la revolucion. A la sazón se componia este último, no solo de los revolucionarios mas comprometidos, como por ejemplo aquellos á quienes se denominaba *los votantes*, sino de los funcionarios del imperio, los militares, los liberales moderados, y una parte notable de la clase media ofendida por las demasias de la nobleza y del clero. No obstante de estar reprimidos por la censura, los periódicos revelaban á maravilla la irritacion de unos y de otros, y de ella ofrecia Paris el cuadro mas vivo y animado. Aproximándose el invierno, muchos personajes habian llegado á la capital por aquellos dias. No les quitaba

ojo la policia y seguialos con extrema desconfianza. Mrs. de Basano, de Vicencio, de Montalivet, de Cadore, de Rovigo, Lavalette eran entre otros, que no conspiraban aun cuando naturalmente vivian unidos, y no se podian afigir de las torpezas de un gobierno al cual miraban como contrario. Se les quisiera hacer salir de Paris, mas no se osaba tanto. A la verdad eran tan poco emprendedores que el príncipe de Cambacéres no se determinaba á juntar sus amigos más que á la mesa, y se abstenia de convidar á los militares, por miedo de despertar sospechas. Sin embargo, una circunstancia ocupaba mucho á la policia, y aunque en realidad no significase cosa alguna, á la sazón absorbía sus desvelos todos, y era la presencia de algunos mariscales, que debian estar en sus gobiernos y habian ido á Paris unos tras otros, bien que por casualidad y sin intencion política de ninguna especie. Se citaba á los mariscales Soult, Suchet, Oudinot, Massena, Ney. El mariscal Soult habia ido á pretender, como se verá en breve, y así no podia ser muy peligroso para los Borbones. El mariscal Suchet, que tuvo el mando en gefe de los dos ejércitos de España, no estaba en Paris sino porque ambos se habian disuelto. Se le reputaba por muy pacífico, y generalmente se le designaba como el mas idóneo para ministro de la Guerra. El mariscal Massena, apenas obtuvo su carta de naturalizacion, se fué inmediatamente á Provenza, donde le llamaba su mando. El mariscal Oudinot solo habia estado en Paris unos cuantos dias. Quien perseveraba allí era el mariscal Ney. Tras de ser este gefe el mas acariciado por la corte, y tras de recibir de buena voluntad los halagos, de pronto vino á fi-

gurar como descontento. Con la intervencion de Luis XVIII y el favor del emperador Alejandro se habia lisonjeado de poder conservar sus dotaciones situadas todas en el extranjero; ya habia perdido esta esperanza, y reducido á su sueldo y cargado de hijos, no estaba en situacion desahogada. La guerra, harto larga á su ver como al de otros muchos, no obstante era un manantial de gloria y fortuna ya cegado; asi la echaba de ménos, sin contentárselo á sí propio, y la preferia á una ociosidad mezclada de mucha amargura. Con efecto, las afectadas lisonjas de que fué objeto, poco á poco tomaron su carácter genuino, y por entre las caricias penetraron bien pronto los desdenes. Su esposa, bella y altiva, dentro de las Tullerías y por parte de las damas de la corte, menos prudentes que sus maridos, habia sufrido desaires á los cuales fué muy sensible y que hirieron en lo vivo á su irritable esposo (1). Una especial causa habia elevado el mal humor de este mariscal á su colmo. Nombrado el duque de Wellington embajador de Inglaterra en Paris ostentada una vanidad, que era el único flaco de su alma sencilla y fuerte. Se le veia muy ufano hacer gala en medio de la corte de Francia de su gloria, celebrada con afectacion por el partido realista. Ahora el desencadenamiento contra Inglaterra era universal, á causa de atribuirse la los

(1) Un testigo de los más fidedignos, por su respetabilidad y posicion elevada, me ha dicho que en manos de la señora mariscal Ney vió una carta escrita por su esposo desde Lons-le-Saulnier el mismo dia en que abandonaba la causa de los Borbones por la de Napoleon, en la que se hallaban estas palabras: «Amiga mia, ya no llorarás al salir de las Tullerías.»

gores del tratado de Paris en nuestro daño. Además la ruina de Washington, que acababa de ser incendiada por el ejército británico (aun duraba la guerra entre América é Inglaterra) habia exasperado á todos los partidos hasta el estremo de tener que ser refrenados los mismos periódicos realistas. A la par se habia visto al ejército inglés dirigirse por tierra desde Burdeos á Bruselas. Lord Wellington semejaba mandarlo desde Paris mismo, y como si se presintiera un porvenir harto próximo por desgracia, el público se hallaba hondamente herido. Tan lejos avanzaron las cosas que la policia estaba obligada á velar de continuo para librar á lord Wellington de las ofensas populares.

Comparando el mariscal Ney el aislamiento en que se hallaban él y su esposa en las Tullerías, á las esmeradas atenciones de que el general británico era objeto, no podia menos de experimentar un sentimiento lleno de amargura. «Este hombre, decia hablando de lord Wellington, ha sido feliz en España por culpa de Napoleon y de nuestros generales. ¡Mas ya se veria lo que vale si se encontrara un dia con nosotros en una posicion en que no lo preparase todo la fortuna para su triunfo! ¡Y acariciar así á nuestros ojos á ese enemigo encarnizado de Francia!...» Tal era la generosa cólera del mariscal Ney, que ya ni se cuidaba del disimulo, y que hasta se aproximó al mariscal Davout, con quien seguia indispuerto desde la fatal jornada de Krasnoe. Encerrado el mariscal Davout, segun hemos dicho, en su tierra de Savigny, sobre su conducta en Hamburgo habia redactado una memoria sustancial y demostrativa hasta la evidencia de la indignidad de las

calumnias que se aglomeraron en su contra, y había pedido al rey licencia para darla á la estampa. En vez de tratar á este gran servidor del país con la distincion que le era debida, se limitó el rey á decir al ministro de la Guerra, que la memoria era bastante fuerte de razones para que fuera imposible imponer pena alguna (pues se tuvo esta loca idea); que la publicacion debia ser autorizada, si bien dejando al mariscal en la especie de destierro, no declarado, mas si efectivo, en que vivia en Savigny. Por lo demás, el mariscal de voluntad propia se habia confinado á aquel punto y solo aparecia en París por rareza, donde no podia asomar á la calle sin verse rodeado de molestísimos agentes.

Esta conducta respecto del glorioso defensor de Hamburgo, era una de las causas más fuertes de la exasperacion de los militares. Con razon decian que para todo el ejército era odioso y ofensivo semejante trato. Ney lo repetia á todo el mundo, y propalaba que era menester que se juntasen los mariscales, y fuesen á llevar sus reclamaciones á los pies del trono.

Bien se deseaba imponer silencio á estos indiscretos, á quienes se habia halagado sin fruto, más para hacerlos enmudecer jamás se osara á dar el golpe demasiado arriba. ¡Aun no habia subido á la altura de la gloriosa cabeza de Ney la audacia del partido de la emigracion ni su deseo de venganza! Para esto se necesitaban nuevos desastres y una catástrofe inmensa. Por de pronto no hubo mas que obligar á salir de París al general Vandamme, que despues de cerrársele las Tullerías usaba un lenguaje sumamente inconsiderado.

Más no se curaba el mal con tales remedios y la inquietud iba en aumento de dia en dia por el mes de noviembre. Bajaban los fondos, y la renta del cinco por ciento, elevada de resultas del plan rentístico de Mr. Louis de sesenta y cinco á setenta y ocho francos, ya habia vuelto á bajar á setenta, aunque la situacion rentística se mejoraba á vista de ojo, y se empezaban á recaudar las contribuciones indirectas, y tenian curso en la plaza los *reconocimientos de liquidacion* mediante un levisimoagio. Con evidencia la contianza se habia quebrantado hondamente, siendo el origen de este quebranto la política y no la hacienda.

Mr. de Chateaubriand dedicaba la pluma, firme, vigorosa, sensata, contra su costumbre, á calmar á los partidos, á demostrarles que sus votos extremos eran irracionales, de realizacion imposible; que al revés sus votos racionales se habian realizado, ó se hallaban en via de realizarse; que asi se debian dar por satisfechos y contribuir al triunfo de un estado de cosas en que tenian igual interés unos y otros, realistas porque eran los Borbones, revolucionarios y bonapartistas porque era la libertad, única garantia posible de los derechos y de la seguridad de todos. De esta suerte daba á todos los partidos, y principalmente al suyo, muy prudentes y provechosas lecciones, mas prudentes que lo era él mismo: las daba en el *Diario de los Debates*, ó en folletos encomiados por el rey públicamente. Pero nada calmaba la zozobra, ni el miedo que se metian mutuamente.

Se habian figurado los dos partidos que conspiraban uno contra otro, y aun que estaban á

punto de salir triunfantes de sus tramas. Reunidos los bonapartistas, es decir, los militares y los revolucionarios en un odio común contra los realistas, se persuadieron de que habían sido llamados a París mil doscientos ó mil quinientos ehuanes de los más atrevidos, para alejar con su ayuda á Luis XVIII bajo pretexto de un viaje á Compiègne, y de seguida mudar el gobierno, abolir la Carta, apoderarse de los personajes más notables entre los militares y los hombres de la revolución, probablemente deshacerse de los principales, desterrar á los otros, y promulgar así el restablecimiento liso y llano del régimen antiguo. Por su parte los realistas, á quienes se imputaban semejantes proyectos, se hallaban convencidos de que los jóvenes generales, que llenaban á París, con algunos miles de oficiales sin empleo á sus órdenes y pudiendo contar con la adhesión de las tropas de cualesquier regimiento, debían dar un golpe de mano, arrebatár á la familia real, degollarla ó deportarla, tratar de igual modo á la nobleza de Francia, proclamar á Napoleon I ó á Napoleon II, y empezar un nuevo reinado imperial, y lanzarse sobre Europa y entregarla segunda vez á la rapiña en provecho de una raza de mamelucos que la guerra había creado y á quienes la paz no podía satisfacer. Según ellos tan vasta conjuración estaba forjada con acuerdo de Napoleon y Murat recientemente reconciliados, y asalariando todas las tramas que se urdían con sus tesoros. Sin límites eran las suposiciones respecto de Napoleon, como era también la idea que se formaba de su actividad implacable y de su prodigioso ascendiente. Nunca había sido más grande en la imaginación

de los hombres que desde el fondo de la miserable isla que le servía de asilo, pues á la par que el odio aspiraba á mostrarle como un vil foragido sin valor y sin genio, el miedo le transformaba en gigante infatigable, inagotabilísimo en recursos y siempre en aptitud y en visperas de trastornar el mundo. Según sus voces habíase llevado tesoros á Porto-Feirajo y desde allí dirigía el hilo de todas las tramas europeas, especialmente en Viena, donde las potencias se hallaban reunidas en un congreso universal por entonces. Allí atizaba el fuego de la discordia; allí tenía avasallada á su genio poderoso la debilidad de su suegro, y se iba á poner á la cabeza de los ejércitos austriacos para caer sobre los Borbones de Francia y de España. Otras veces se le suponía exadido para ir á mandar los ejércitos americanos contra Inglaterra, ó los ejércitos turcos contra Europa, ó los ejércitos napolitanos contra Austria, porque nada cuestan las contradicciones. Donde quiera se le veía en suma, y el miedo de sus enemigos le indemnizaba completamente de los esfuerzos que hacia el odio para achicarle.

¿Que había de verdad en estas mil tramas que se atribuían unos á otros? Todo y nada; todo si se tomaban por tramas los varios propósitos de los partidos; nada si no se tomaban por verdaderas conjuras más que los proyectos maduramente concertados entre gefes y ejecutores bien avenidos, con medios proporcionados al objeto, y habiendo señalado ó estando próximos á fijar el día de ponerlo por obra. De esto no existía nada. Sin duda era imposible negar que, de estar á su alcance, los realistas redujeran la Carta á polvo, y que de ser

tan malos como su lenguaje, se desembarazaran de buena voluntad de los varones mas insignes del ejército y de la revolucion. Pero aun tenían ménos recursos que sus contrarios, sobre todo ménos audacia, y se contentaban con soltar especies extravagantes, que repetidas á los revolucionarios y á los bonapartistas, les sobrecogian de espanto. Sin duda asimismo los bonapartistas y los revolucionarios, á serles posible, se apoderaran de la familia real y de la corte, é hicieran no se sabe qué, á tal de libertarse de ellas. Tambien es verdad que si supieran entenderse, concertarse pudieran cuando quisieran, pues la fuerza pública estaba de su parte. No es ménos cierto que conociendo lo que hubieran podido se aventuraban á divulgar locamente que lo iban á hacer sin remedio, y con esta intemperancia de lenguaje se hacian tan terribles como eran en realidad impotentes. Por tanto se recuperara una seguridad perfecta si se alcanzara á discernir el verdadero estado de los partidos, pero segun costumbre, se juzgaba de sus proyectos por sus baladronadas y por el miedo propio. Asi por una parte y por otra se tomaban precauciones. Amenudo aquellos militares agitados pasaban en pie la noche, con espada y pistolas al cinto, bajo la persuasion de que iban á ser atacados. Y tambien la policia daba la voz de alerta á las autoridades, que ponian sobre las armas la guardia nacional, los guardias de corps y todas las fuerzas disponibles, excepto la guarnicion en que no se tenía confianza, y asi estaban hasta el amanecer metiéndose reciprocamente miedo (1).

(1) Nada hay mas curioso que la série de partes de

Noche hubo por el mes de noviembre en que las patrullas se cruzaron á centenares, sin otro resultado que un pánico general que destruía la confianza, y hacia bajar los fondos públicos con gran detrimento de la hacienda.

La policia principal, la del gobierno, dirigida por Mr. Beugnot no participaba de estas ridiculas alarmas sino en cierta medida muy limitada, y en sus partes procuraba tranquilizar al rey, á lo que se prestaba de buen grado por pereza y por aficion al reposo. Pero el conde de Artois incapaz de estar quieto, y su policia, incapaz asimismo de estar ociosa, afirmaban por el contrario que se vivia sobre un volcan próximo á estallar, que la policia oficial era inepta, y hasta hacia traicion, y que á fuerza de ceguedad se exponia la real familia á ser arrebatada una mañana. El conde de Artois iba á ver al rey, le decia que estaba mal servido, que amenazaba una catastrofe muy de cerca, y el rey le rechazaba, le respondia que segun costumbre era juguete de los intrigantes, y sin embargo, acababa por ceder hasta cierto punto á la influencia de aquellas continuas alarmas, y caía en una especie de perplejidad.

Sus sobrinos, de quienes hacia mas caso que de su hermano, se unian tambien al conde de Artois para sostener que las cosas iban mal, y que era preciso remediarlas de alguna manera. Pero aqui estribaba la dificultad. Sin duda las cosas iban mal, y el remedio era el que nunca ven los

policia redactados por Mr. Beugnot. Allí se ve que el mes de noviembre fué de locas alarmas que produjeron el cambio ministerial de que vamos á dar cuenta.

gobiernos, el de resistir á las pasiones propias, y sobre todo á las de los amigos, y tranquilizar así á la masa de la nacion, agena á los partidos y no queriendo mas que el bien general. Pero se guardaban muy bien los príncipes y los emigrados de racionar de esta suerte, y cargaban la culpa á los gobernantes, esto es al ministerio, ordinariamente autor de cuanto sucede en un Estado libre, ó casi libre. Segun se afirmaba, el ministerio carecia de conjunto, y era verdad, más para tener tal requisito se necesitara formarlo constitucionalmente, de modo que fuera el consejo único de la corona, excluir á los príncipes, y adoptar un hombre de nota, dos ó más, y fiarse de ellos. Mucho se distaba de apelar á este recurso, y no se imputaba la culpa al consejo, ni á la manera de estar formado, sino individualmente á los ministros, y en particular al ministro de la Guerra. Se decia que el ejército no era suyo, y que, por carecer de ascendiente, no sabia dominarle, ni satisfacerle. ¿Tal es el premio reservado á los ministros débiles! Tan infeliz el general Dupont durante su corto ministerio como lo habia sido en España, hombre de talento, bien intencionado, contemplando cuanto podia á sus antiguos camaradas, disimulando sus imprudencias, esforzándose por tenerlos contentos a la par que á los emigrados, no logró más que disgustar á unos y á otros. Aun cuando no cometiera falta alguna, cosa imposible en su situacion, difícilmente contentara al ejército, por tenerle que imponer crueles reducciones, y que sujetar á un régimen muy de su desagrado. Sin embargo, faltas habia cometido muy graves. ¿Mas quién le habia obligado á cometerlas? Los príncipes mismos sus

acusadores, los príncipes al crear la casa militar, al prodigar los grados por servicios de emigracion, etc. Y ahora, al tocarse el resultado previsto é inevitable de las tales faltas, los príncipes culpaban al ministro demasiado complaciente, que las habia cometido á instigacion de ellos, y decian que era peligroso dejar el ejército en sus manos. A esto el rey no objetaba cosa alguna, no sabiendo nada, y aparecia muy dispuesto á dar crédito á sus sobrinos, que lo tomaban muy á pecho.

Un asunto habia sobre el cual escuchaba menos Luis XVIII las observaciones que le eran dirigidas, en primer lugar porque emanaban de su hermano, y en segundo porque poseia bastante perspicacia para echar de ver su ningun fundamento. Se le decia que la policia estaba mal hecha, deplorablemente servida; que Mr. Beugnot, á quien no se negaba talento, no la conocia nada, que era juguete de los bonapartistas, y que contra su voluntad engañaba al rey é iba á perder la monarquia. Al oír tales especies se impacientaba Luis XVIII, porque en tales manifestaciones veia de lleno á su hermano, siempre dispuesto á mezclarse en los negocios, siempre juguete de los intrigantes de todos los sistemas. Regularmente leia el rey los partes de Mr. Beugnot, partes ingeniosos, amenos, hábilmente lisonjeros, y que formaban un cuadro picante de los personajes contemporáneos. Su buen sentido se los hacia juzgar verdaderos, con ellos se deleitaba su malicia, y se ufanaba su amor propio. Pero el conde de Artois le queria persuadir de que Mr. Beugnot no le hablaba mas que de chismes, y de que un solo hombre en Francia, si se fiaba de su persona, sabia hacer la policia y salvar el trono.

¡Quién lo creeria! ¡Este hombre era el regicida Fouché! Sin aborrecer el conde de Artois á las personas, por falta de imparcialidad y de discernimiento, jamás sabia hacerlas justicia, y respecto de Mr. Fouché vino á ser de golpe, no solo indulgente, sino imparcial y hasta amistoso. Como ya hemos dicho, Mr. Fouché se hallaba ausente de Paris al tiempo de la revolucion de 1814, y despues aspiraba á apoderarse del papel de costumbre, y que no pudo desempeñar entonces, de mezclarse en todo aquello en que se le consentia poner mano. Cuando necesitó el conde de Artois ser investido por el Senado con la lugartenencia general del reino, halló al duque de Otranto oficioso, diligente, hábil hasta lo sumo, sin odio á los Borbones, á pesar de ser regicida, y antes bien deseoso por demas de serles grato, no menos que de sacar al Senado de apuros. Asi concibió de este personaje muy favorable concepto, y le tenia una inclinacion declarada. Por las noticias de los agentes del pabellon Marsan habian sido confirmadas tales disposiciones. Sin duda entre estos agentes habia algunos realistas, pero se contaban en mucho mayor número esos servidores de los sistemas todos, que la policia emplea, gasta y repele despues de gastados, y que, ya repelidos, van á ofrecer sus servicios á quien les da el pan del dia: raza abyecta, á quien solo trata un hombre de bien por obligacion forzosa. cuando tiene sobre sí la seguridad del Estado, mas de cuyo roce tiene á fortuna huir asi que se ve descargado de los deberes del gobierno. Lejos de huir Mr. Fouché de esta raza, muy á placer frecuentaba su trato, continuamente se rodeaba de ella, á menudo la alimentaba de su bol-

sillo, cuando no tenia á su disposicion las arcas públicas; por este medio recogia lo verdadero y lo falso, sin saber siempre distinguir lo uno de lo otro; á las noticias asi juntadas añadia las que se proporcionaba directamente, visitando en el mismo dia, y sin que chocara á ninguno de ellos, á Mrs. Carnot, Lafayette, Blacas, Basano, y aun viendo hasta á los ministros extrangeros, cuyas puertas se le abrian de par en par ante el talisman de las novedades; y de esta suerte se daba aires de un mágico instruido de todo, disponiendo de todo, teniendo en sus manos el secreto, la confianza, la voluntad de todos los partidos, pudiendo contenerlos ó desencadenarlos á su antojo, y aires de rey del caos en suma, que alcanzaria él tan solo á desenvolver y regir con diestra mano.

Estos agentes, rechazados por la policia oficial y admitidos en el pabellon Marsan, eran los continuos encomiadores de Mr. Fouché ante el conde de Artois, y le llegaron á persuadir á que le recibiese. Cediendo el príncipe á su propension á la intriga, al cabo recibió á Mr. Fouché, y quedó cautivado de resultas de la entrevista. Muy distante Mr. Fouché de ostentar á semejanza de Carnot el orgullo del regicida, por el contrario blasonó de humildad y de arrepentimiento, se mostró respetuoso, sumiso, con deseo ardiente de reparar los extravios de su vida, sosteniendo y salvando á los Borbones. Se valió de su gran conocimiento de los hombres y de las cosas, y deslumbró al príncipe en términos de figurar á sus ojos como el salvador á quien era menester entregar el destino de la monarquia; y asi el conde Artois, idolo del realismo exaltado, se iba al extremo opuesto, es decir hasta la esfera

del regicidio, á buscar un intrigante sin principios, á fin de otorgarle la confianza negada á los mas respetables amigos de la libertad. No de otro modo concibió la idea de nombrar al duque de Otranto ministro de la Policia de Luis XVIII, sobre lo cual le dió esperanza, y casi certidumbre. Con el corazón lleno de júbilo se despidió del príncipe el duque de Otranto, y á nadie ocultó su deseo y su esperanza de volver pronto al ministerio. Sin embargo, el conde de Artois se habia mostrado muy jactancioso, pues no disponia de las cartas, y su confianza mas alejaba que atraia la de Luis XVIII. No acabando de llegar la cartera prometida ya tantas veces, picado Mr. Fouché se aprestaba á divulgar por París que se le habia brindado con la cartera de la Policia, y que no la habia admitido. Muy hábilmente contaba Mr. Beugnot estos pormenores á Luis XVI y Luis XVIII se reia de su hermano, cuando no se enojaba de resultados de sus relaciones indecorosas.

De consiguiente los dos ministros atacados en la corte eran el de la Guerra y el de la Policia, no teniendo este último mas empleo que el de director general con el título de ministro de Estado. Amando Luis XVI el sosiego, detestando mudar de personas, comprendiendo que se le ofrecian remedios menos útiles que peligrosos, á menudo platicaba con Mr. de Blacas de las obsesiones de que era objeto, y le hallaba de su parecer mismo, porque Mr. de Blacas tenia seso, á pesar de sus pasiones, y porque además se arrimaba de buena voluntad al dictámen de su soberano. Con todo era demasiado sincero para que le ocultase la verdad y le dejase ignorar que se quejaban mucho del

ministro de la Guerra y del director de la policia. Asi el rey quedaba perplejo, y aun se sintiera agitado, á ser posible, más su pesada persona aplacaba á su alma pesando sobre ella, y por lo común la hacia volver á la inercia de costumbre.

Entre manejos interiores y sin que trascendieran al público habia pasado el mes de noviembre, cuando el miércoles 30, y con motivo de tener que asistir Luis XVIII á una representacion teatral en el Odeon de gran ceremonia, la policia del conde de Artois dió la voz de alarma, y corrió á llenar las Tullerías con la noticia de una conjura cuya ejecucion debia tener lugar aquella misma noche. Al decir de ellos consistia la trama en apoderarse del rey y de la real familia, y en arrojarlos al Sena, ó llevarselos al extranjero, y mudar de gobierno al punto. Algunos centenares de hombres audaces, intrépidos y procedentes del ejército debian dar este golpe de mano. De acuerdo estaban con los gefes de partido y todo se hallaba dispuesto para sacar las consecuencias del hecho así que fuese consumado. Lo que es la policia oficial no sabia nada, y para los realistas fogosos esta era una razon más que inducia á prestar fé completa á la especie. Con su compañía de guardias de corps acababa de entrar de servicio el mariscal Marmont cerca de la real persona. Tan crédulo era como ligero, y además detestaba al general Dupont, á causa de ocupar este ministro un puesto, que le pertenecia en su juicio, y de tener esperanzas de reemplazarle al cabo. Asi era uno de los que repetian más á menudo que el ejército no estaba dirigido, y que se le dejaba á merced de los conspiradores. Dispertado la mañana misma del 30 de



noviembre por uno de los agentes oficiosos, que perturbaban ordinariamente el sueño de la corte, y enterado de la pretendida conjura que debía estallar aquella noche, sin aliento corrió al cuarto del rey, y allí hizo un alarde aparatoso de adhesion á su persona, sin lograr que Luis XVIII sintiese turbacion ni rebosase de agradecimiento, á causa de no dar sino crédito muy escaso al peligro que se le denunciaba como seguro. Marmont hizo montar á sus guardias de corps á caballo, avisó al general Maison, gefe de la primera division militar, al general Dessoles gefe de la guardia nacional, y se guardó bien de comunicar ni una palabra al ministro de la Guerra, que lo debía saber antes que nadie. Los principales cortesanos se endosaron su uniforme, se proveyeron secretamente de armas de todas clases, y así llegaron al Odeon armados hasta los dientes. Llenas estaban las calles de tropas, llenos los palcos del teatro de uniformes, y mas que á una representacion teatral semejaba que se asistia á una revista. En medio de aquel aparato de uniformes, un hombre solo, el ministro de la Guerra, apareció allí de frac negro, como si no echase de ver cosa alguna, con un aire de ignorancia, y de indiferencia, y de candidez que sublevó á todos los celosos, á todos los espantados, á todas las gentes de precauciones.

Como de costumbre fué el rey muy aplaudido, y tornó á palacio sin sufrir el menor ataque ni la mas leve ofensa. A otro dia los curiosos que estaban en acecho de novedades, se pieron á carcajadas de aquella alarma calorosa, pero los que pretendian haber salvado al monarca, y el mariscal Marmont á su frente, se indignaron de la incuria

del ministro de la Guerra y del director de la policia. En toda la corte hubo un desencadenamiento inaudito en su contra, y como despues de un tiempo de agitacion se necesita un cambio cualquiera á fin de sosegar las almas, se exigió á lo ménos una modificacion del ministerio. Ya los sobrinos del rey pedian absolutamente otro ministro de la Guerra, y su hermano otro director de la policia. Cansado Luis XVIII y acabando por creer que habia corrido un peligro efectivo, cedió finalmente y se avino á los dos cambios deseados.

Para la policia ni aun quiso oír hablar del duque de Otranto, y dejando esta parte de la administracion como direccion general, se la confió á Mr. André, antiguo constituyente, funcionario instruido, laborioso, prudente, corresponsal de los Borbones durante su permanencia en Inglaterra é inspirando por todos estos motivos al partido de la emigracion seguridad sobrada. Pero al satisfacer á su hermano con alejar á Mr. Beugnot de la direccion de la policia no pensaba Luis XVIII dejar á este servidor como en desgracia, y antes bien elevóle con poner á su cargo el ministerio de Marina, vacante á la sazón por muerte de Mr. Malouet, hombre distinguido y cuya pérdida era muy sensible. Así fué Mr. Beugnot doblemente galardonado por sus ingeniosos y sesudos partes, viéndose descargado de la policia y llegando á ser ministro con cartera.

Aun quedaba por hacer el nombramiento de ministro de la Guerra. A la sazón habia en el ejército dos hombres que juntaban en el grado mas eminente las raras cualidades requeridas para este cargo, y en quienes corrian parejas la au-

toridad moral y los talentos administrativos; estos dos hombres eran el mariscal Davout y el mariscal Suchet. Siendo blanco el mariscal Davout de todos los odios del extranjero y de los emigrados, se hallaba como proscrito, y su elección era imposible. Mas de una vez habia sido designado como idóneo para el ministerio de la Guerra el mariscal Suchet, inclinado por la índole de su espíritu al régimen liberal de que los Borbones podian ser fundadores en Francia, y halagadísimo por aquellos principes de continuo. Sin saberlo ni por asomo, figuraba en todas las candidaturas ministeriales que proponia al conde de Artois el duque de Otranto. Más reservado por extremo, no habia dado bastantes inequívocas muestras de adhesión para granjearse la benevolencia de la corte. Un hombre de quien no se hubiera esperado, el mariscal Soult, se la habia adquirido de lleno. Entonces era el ídolo del partido realista, como lo era Mr. Fouché de la pandilla del conde de Artois. Véase como habia subido á tal grado de favor tan de repente.

Maltratado al principio á causa de dar en plena paz la batalla de Tolosa, y maltratado muy injustamente, porque ignoraba los sucesos de Paris cuando tuvo lugar aquella jornada, desde luego empezó por representar en Paris el papel de un descontento, y de un descontento temerario, tan faltos de mesura eran sus desahogos. Tratando el general Dupont, como hombre excelente, de ganar parciales á los Borbones, recibió al mariscal Soult y le dió oídos y le restituyó la esperanza, y con la esperanza algo más de sosiego. Pronto, con inuando este ministro su obra, se resolvió á dar al mariscal Soult un mando,

con el objeto de adherirle definitivamente á los Borbones, y primero le designó para la Alsacia; luego de mejor pensado le eligió para la Bretaña, donde se podia poner á prueba un funcionario dudoso. Efectivamente, la fidelidad de esta provincia era de índole propia á conjurar todos los peligros, y además á su contacto se podia juzgar si el enviado allí estaba realmente convertido. A maravilla salió el calculo del ministro de la Guerra. Cercado el mariscal Soult de los mas ardientes realistas les satisfizo del todo; y á lo ménos en sentimientos políticos se igualó á ellos, no vacilando en decir que de veinte y cinco años atrás la buena causa habia sido la de los Borbones; que cuantos sirvieron á otra habian caído en engaño, si bien repararian su yerro con una adhesión ilimitada. No satisfecho con este lenguaje se fué á visitar el triste campo de batalla de Quiberon, y creyendo descubrir allí algunos huesos insepultos, lo cual ocurre á veces sobre los campos de batalla, se apresuró á abrir una suscripción para levantar un monumento á los oficiales franceses muertos en aquella funesta jornada. Sin duda eran muy de sentir los valientes que, haciendo de su valor tan mal uso, en aquella lúgubre ribera de Quiberon habian perdido la vida, mas no era ocasion de despertar semejante recuerdo, y especialmente podia mover á asombro que lo despertase el nuevo gobernador de la Bretaña.

Tan grande fué la extrañeza en el ejército como la alegría en el partido realista. Se tuvo al mariscal Soult por una conquista preciosa digna de ser llevada á remate. Excluido de la dignidad de par, como los mariscales Davout y Massena, se

fué á París á solicitarla inmediatamente despues de la suscripcion para el monumento de Quiberon, yvióse muy mal recibido por sus antiguos camaradas, al paso que muy bien por toda la córte. Asi estaba á la expectativa cuando la cartera de la Guerra quedó vacante. Una especie de unanimidad hubo para conferirsela sin tardanza, á pesar de las aspiraciones del mariscal Marmont, no tomadas por nadie en sério. Juntado el mariscal Soult á una rara aplicacion al trabajo la aptitud para el mando y toda la exterioridad de la firmeza, pareció un ministro de la Guerra á quien no faltaba requisito. Esta eleccion llenó al público de sorpresa y á la córte de regocijo y esperanza.

Publicados fueron por ordenanza real el 4 de diciembre estos diversos nombramientos. Más bien los habia consentido el rey que deseado. Singular cosa fué, aunque natural en aquel tiempo y que pinta al vivo como se concebía el gobierno constitucional á los principios, que el Consejo real supo muy poco antes que el público los cambios ministeriales. En nombre del rey Mr. de Blacas se les comunicó á sus colegas, que se manifestaron sorprendidos, aunque no pudieron temer que la armonía ministerial resultase muy alterada. También el propio Mr. de Blacas de seguida envió un correo con la noticia á Mr. de Talleyrand, ya partido para el congreso de Viena, personaje principal que debiera ser autor de estas modificaciones, y que apenas figuraba como confidente despues de consumadas. Finalmente repugnando á Luis XVIII las explicaciones con las personas, porque siempre se resentian su reposo y su dignidad algun tanto, no quiso decir nada al general Dupont por

si mismo. Desde la escena del Odeon habia eludido recibirle al despacho, pretestando ya una indisposicion, ya un paseo, y el 3 de diciembre le envió á Mr. de Blacas para pedirle la cartera de la Guerra y ofrecerle una pension de cuarenta mil francos y un mando en provincia. Mr. de Blacas esmeróse en afirmar al general Dupont que no era autor del cambio que llegaba á anunciarle, cosa á la verdad positiva, sorprendió mucho al general cuando le dijo quien le sucedia en el ministerio, y fué portador de su dimision al monarca.

Asi terminó esta crisis con la separacion del ministro de la Guerra, á quien se atribuian las malas disposiciones del ejército, y con el cambio del director de la policia, sobre quien se cargaban todas las conspiraciones imaginarias, porque no queria creer en ellas. Cual sucede en semejantes casos, se debia seguir un momento de calma hasta que se conociera del todo la insustancialidad del remedio, y hasta que se cumpliera esta siniestra profecia de Napoleon: *Los Borbones van á pacificar á Francia con Europa, si bien para ponerla en guerra consigo misma.*